

## Sérvulo de Nuevo

A fines de 1952, con ocasión de una muestra de pinturas de Sérvulo, advertíamos que la obra de este magnífico pintor, sin lugar a dudas el mejor dotado de los artistas contemporáneos de nuestro país, estaba amenazada, por exceso de pasión y pareja falta de rigor intelectual, de derivar en incandescente fruto de la improvisación y el azar. Era fácil comprobar, en aquella exposición, que en la intimidad de este hombre contradictorio y sorprendente se libraba una lucha entre la natural fuerza expresiva que posee y la censura que sobre ella ejercían esos principios racionales que encauzan los desmanes de todo temperamento impetuoso. Posteriormente, en la curiosa exhibición que realizara, un año después, en el local de un club nocturno— cuya “vernissage” tuviera todos los caracteres de una fiesta frívola— el pintor daba testimonio patente de que había tenido conciencia de ese riesgo y de que había logrado conjurarlo a tiempo mediante una feliz y oportuna vuelta a sí mismo. Es necesario afirmar que en ningún momento Sérvulo dejó de ser Sérvulo. En realidad, los periodos de vacilación fueron en él, más que de disolución del estilo que le es propio, de frenética manifestación de sus caracteres distintivos. Nunca pecó Sérvulo por defecto, sino por demasía.

En 1952, en la nota aludida, lamentábamos que la rebeldía de Sérvulo, tan definitiva en lo que se refiere a las convenciones sociales, se desbordara también en su pintura y rompiera los diques de la emoción en torno a cuyo pivote gira. Lo que en la vida resultaba pintoresco y hasta admirable, en la obra denunciaba un lamentable descuido, sin perdón posible en quien el ojo más bisoño podía descubrir una sensibilidad certera, un gusto infalible, una vocación insoslayable y un poder creador de precisos alcances. Sérvulo sabía desconcertar como ciudadano y no quería hacerlo, sino irregularmente, como artista, a tal punto que abundaban los admiradores de sus peripecias novelescas —falsificador de cerámicas, boxeador, bohemio parisiense, escandaloso y, por qué no decirlo, ebrio contumaz— y escaseaban los que apreciaran debidamente su singularísima pintura. Se daba el caso, y aún se da, de que proliferara el público de la vida callejera de este incorregible, noctámbulo y que ese público aplaudiera su obra sólo como un episodio más del desorden de que hacía gala. El que esto firma se jacta de no haber contribuido a la creación de este mito, porque siempre consideró que Sérvulo era, por sobre todo, uno de los artistas de más talento y posibilidades que se había producido en el Perú, si no en América.

Por fortuna, gracias a uno de esos milagros que sólo se dan por virtud de la vitalidad que algunos individuos poseen como reserva y consiguen imponer a la postre a las más intensas debilidades de su alma, Sérvulo ha ingresado en una etapa de creación que representa su más viva madurez. La colección de óleos que dentro de unos días exhibirá, demuestra que se ha operado en él una transformación en lo que respecta a su deber como artistas, es decir, como hombre que ha elegido en la sociedad el difícil puesto de responder por todos a cada uno de los interrogantes que la existencia plantea sin pausa. Ha alcanzado Sérvulo su lenguaje, lo ha hecho concreto y profundo, pues se ha apoyado esta vez en ese motivo intachable que está constituido por la tierra y su habitante, que es quien le da sentido y fundamento. Hasta hoy, salvo lapsos en los cuales se recuperaba como movido por resortes imperiosos, no había Sérvulo llegado a esta cima superior donde se consagra como un hecho enorgullecedor para nuestro arte.

*Sebastián Salazar Bondy*

12/6/54